

**Padre Joseph Wresinski.**

**LA FE EN EL CUARTO MUNDO:  
CUANDO SOLO QUEDA DIOS.**

*Extracto del libro «Los pobres, encuentro con el Dios verdadero», Joseph Wresinski,  
Ediciones Le Cerf, 1986; 2ª edición 2005, páginas 19 a 26.*

***Una existencia sin ritmo ni sentido***

Pongámonos ante estos hombres y estas mujeres, ante estas familias y este pueblo que encarnan la miseria de nuestro tiempo, herederos de los pobres que, hace dos mil años, se empujaban al paso de Jesucristo o se escondían por los caminos apartados fuera de las ciudades; herederos de los pobres que habitaban las leproserías y los hospitales de la Edad Media, o que se refugiaban al pie de los contrafuertes de las catedrales y, por último, herederos de las cortes de los milagros y de la población de la periferia y los barrios pobres de principios de nuestro siglo. Herederos que encontramos actualmente excluidos en la periferia de nuestras ciudades, en las ciudades basurero, rechazados en las viviendas más deterioradas de nuestros pueblos, o incluso aislados en lo más profundo de nuestras zonas rurales.

Pobres de los caminos apartados de nuestro tiempo, ¿qué es lo que nos revelan de Dios, de la fe en el Dios de los evangelios? Bajemos hasta este «bajo mundo», al hogar de la familia Beauchamp.

En casa de los Beauchamp, diez personas se empujan, se pelean, se insultan a lo largo de todo el día, cuando no viven como cubiertos bajo una espesa capa de tristeza, sin hablarse, sin mirarse unos a otros, cada cual encerrado en sus propias preocupaciones.

El padre, la madre, siete hijas e hijos y un yerno se apelonan así, como pueden, en una existencia en la que la irritación y la agitación únicamente dejan espacio al abatimiento o la parálisis de la inseguridad. La vida resulta aún más entrecortada, sin orden ni ritmo, porque nadie trabaja y las niñas y niños en edad escolar no siempre van a la escuela. El Sr. Beauchamp, hijo de un obrero textil del norte que murió joven, tuvo que desempeñar mil oficios desde los doce años. De

hecho, con frecuencia ha tenido que mendigar el trabajo, y también mendigar sin más, para ayudar a su madre a alimentar a sus hermanas y hermanos.

Con veinticinco años ya es esposo y padre de familia, pero en lo que respecta al trabajo, nada ha cambiado. Pequeño, enclenque, desgastado y viejo antes de tiempo, para él no quedan más que las humildes tareas de barrendero, transportista o peón de carga y descarga en los mercados. Después, un día, se derrumba. Aquejado desde hace tiempo de una enfermedad gastrointestinal, ya no volverá a trabajar más que raras veces. Y sin embargo, la Seguridad Social se niega, durante mucho tiempo, a reconocerle la incapacidad laboral. Serán necesarios cuatro años para que pueda regularizar su situación, cuatro años de hambre, durante los cuales su esposa tendrá que asumir el relevo. Desde entonces él, en casa, no será más que una sombra de vergüenza y humillación. Nunca nadie había creído en él, ¿por qué iban a creerle en la Seguridad Social? ¡Si ni tan siquiera resulta creíble para sus hijos!

Sus hijas e hijos ya no le obedecen y solamente a fuerza de alzar la voz consigue que la casa funcione, mal que bien; puesto que es él quien debe encargarse de las labores domésticas, mientras su esposa va a la fábrica en su lugar. Él hace las tareas la mayor parte del tiempo en silencio, retirándose cada vez más. En ocasiones, al poner la mesa, olvida incluso poner su propio plato. Sirve a los demás, sobre todo a su mujer, pero sin pronunciar palabra. Su mujer, ha tomado en su lugar el camino de humillación donde los patronos te miran por encima del hombro, a ti y a tu cuerpo endeble o deforme por la miseria al tiempo que te preguntan qué sabes hacer.

Y, ¿qué es lo que sabe hacer ella, la madre? Nacida en el seno de una familia numerosa, el padre, por la noche, descargaba camiones en el mercado central (Halles). Ella ayudó a su madre a criar a sus hermanas y hermanos hasta el día de su boda. No recibió instrucción, no tiene formación ni oficio y tampoco es muy hábil puesto que está agarrotada por dolores en las articulaciones. Al final encuentra un puesto como limpiadora de depósitos en una pequeña empresa de pintura. Ella también agota rápidamente sus fuerzas, sin lograr, por otra parte, ganar lo necesario para cubrir las necesidades de la familia.

Sin embargo aguanta cerca de cuatro años hasta que un reumatismo infeccioso la deja inmóvil. Actualmente, ambos son inválidos. Queda el yerno, Jean Philippe. Tiene veinte años y tampoco tiene oficio. ¿Cómo iba a tenerlo? Ha crecido en un barrio de viviendas sociales de emergencia<sup>1</sup>[NdT], condenado de

---

<sup>1</sup> Se refiere al término *cité d'urgence* que es un tipo de construcción realizado “con urgencia” ante el problema de vivienda precaria en Francia en los años 50. Estaba concebido como una solución provisional que iba a permitir reabsorber los barrios chabolistas hasta la construcción de nueva vivienda social. Algunas permanecieron en pie mucho más de lo previsto, hasta los años 70 o más.

antemano siendo niño a permanecer en el fondo de la clase, incapaz de aprender tan rápido como sus compañeros de medios más favorecidos. No logró nunca terminar sus estudios primarios ni recibió la más mínima formación profesional. No hay nada que le haya permitido prepararse para formar parte del mundo del trabajo. Tan solo ha realizado alguna incursión periódica, como peón en una fábrica. Y todavía tiene que dar gracias por no caer en la delincuencia, como tantos otros jóvenes de su vecindario: ¿se deberá esto, tal vez, a la joven Françoise Beauchamp, su vecina del barrio? Se casaron y vivieron algún tiempo de alquiler en una fonda, después, al no tener dinero, volvieron a casa de los padres Beauchamp, en el barrio de viviendas sociales de emergencia. Esto hace un total de diez personas. Pero, ¿de qué viven estas diez personas?

Viven con los ingresos de las rentas sociales que suman un total de 1100 francos<sup>2</sup> al mes. Esto supone una cantidad de 110 francos por persona al mes y menos de 4 francos por persona al día. En este aspecto, todo esfuerzo por organizar la vida familiar, configurar el espacio y el tiempo y preservar un orden, un ritmo de vida, se vuelve un sin sentido. En el hogar de los Beauchamp, se vive de comida en comida, a menudo sin saber como se hará la próxima vez. Se ha perdido el sentido de la planificación y el Sr. Beauchamp puede enviar a uno u otro de sus hijos a la tienda cinco, siete, doce veces a lo largo del día, para comprar media barra, un paquete de pasta, yogures, Ajax (¡ah, pero el Ajax solo se compra el día de cobro!)

La Sra. Beauchamp se acuerda de guardar los recipientes vacíos de los yogures que le servirán como vasos para el café la mañana siguiente, pero deja enmohecer restos de pasta en el fondo de las cazuelas; apaga el calentador de agua para ahorrar electricidad, pero pone a hervir el agua para cocer pasta antes incluso de haber mandado a su hija a comprarla. El tiempo se fractura en pedazos, la vida se despedaza en momentos sin relación ni continuidad. Y las personas, ellas también, están como fraccionadas.

Richard tenía que comprarse un pantalón nuevo el día de cobro. Pero tuvieron que pagar la deuda de la electricidad que les habían cortado y que ascendía a 720 francos, ¡toda una fortuna! Entonces, Richard, al que se iban a dar el gusto de ofrecerle lo que necesitaba, termina entristecido y humillado. El Sr. Beauchamp irá a buscarle cinco, seis veces, unas veces con un pantalón raído que le han dado los vecinos, otras con un pantalón usado del hijo mayor, o incluso con la idea de arreglar uno que él mismo había usado. Al final se ponen de acuerdo, pero durante días el padre no volverá a dirigir la palabra a este hijo al que ha sido incapaz de hacer feliz. No se les volverá a ver juntos hasta el día en que el Sr. Beauchamp consiga para el muchacho una camisa apenas usada. ¿De qué modo

---

<sup>2</sup> Moneda francesa en curso hasta el primero de enero de 1999. A modo de referencia, 1€=6.55957FF

ha conseguido que un vecino se la diera, él, que desde los doce años, ha aprendido a mendigar? Es mejor no intentar saber, y la Sra. Beauchamp, por su parte, no pregunta nada. Ella también consigue del vecindario el apoyo indispensable para garantizar las necesidades básicas de la vida diaria. Pide prestados tres terrones de azúcar, una cucharada de margarina para añadir a la pasta, no pide más. El dinero y la comida atormentan su espíritu, hasta el punto de hacerla olvidar, durante días, el cuidado de sí misma, peinarse o lavarse.

También para ella las personas que la rodean adquieren un significado siempre en constante cambio. Por la mañana, viste a los más pequeños con ternura, les habla dulcemente, pero pronto se cansa, los dolores en las rodillas, en las muñecas, en las articulaciones de los dedos, la obsesión por la falta de dinero prevalece. Entonces zarandea a los niños que no son más que motivo de angustia, de pena, de irritación. Y a este marido fiel, discreto, que se acerca para llevarle una pastilla, para darle a probar la pasta, a este hombre siempre en pie a pesar de su enfermedad, ella ya no puede ni mirarlo, ni dirigirle la palabra, ni tan siquiera una sonrisa.

Y se queda allí, muda en su silla, frotándose las rodillas adoloridas. Cuando llegan para cortarles la luz ella ni tan siquiera reacciona, puesto que no hay dinero... Se queda ahí, mirando al vacío, sin proyectos... o mira a sus hijos que se pasan las horas muertas jugando a las cartas, las horas muertas de los días que no acaban. Sus hijos acaban de pelearse por una chaqueta. Como le queda demasiado estrecha, Patrick no quería cedérsela a su hermano pequeño, ¡sino vendérsela! «No vas a vender la chaqueta a tu hermano», protesta débilmente la madre. «No creerás que se la voy a regalar, ¿no?», replica Patrick. Para él también las personas carecen de un significado fijo y constante. Este hermano menor, con el que acaba de compartir lo que quedaba en la cafetera y el último terrón de azúcar, ciertamente es un hermano, pero también es fuente eventual de dinero o también, un rival. Hay que desconfiar de él el día de cobro, cuando se trata de decidir los gastos más urgentes que hacer. ¿Por qué, con frecuencia, no tendría que prevalecer el rival sobre el hermano, sobre el compañero y el amigo?

### ***Dios, donde no esperamos encontrarlo***

Sin embargo, nosotras y nosotros, que buscamos lo que las personas pobres nos revelan de Dios, ¿qué es lo que vemos en el hogar de los Beauchamp que pueda alimentar nuestra meditación?

¿Dónde, en medio de esta existencia fragmentada, disminuida, carente de sentido, que acabamos de percibir, está la fe en el Dios de los evangelios? ¿Dónde

se encuentra en estos corazones y estas mentes que se vacían lentamente y que se atrofian?

No se trata de embellecer las cosas superficialmente, de pretender ver los signos de un pensamiento, de una vida de fe en el «pueblo pobre». Ya nos encargamos demasiado bien de fabricar las virtudes de la pobreza. Los signos de la fe, de la esperanza, de la caridad no parecen manifestarse de un modo tan claro en la realidad de la vida de las familias del Cuarto Mundo. Rechacemos, al menos, el hecho de imaginarlos para dar gusto o tranquilidad a nuestra conciencia.

Por otra parte, ¿qué es lo que supone la fe?

Tener fe es haber experimentado el encuentro personal con Dios, el encuentro personal con Jesucristo en la vida y haberlos introducido en nuestra vivencia cotidiana para que permanezcan presentes. Significa haber entrado en la historia de Dios y de Cristo, saber que Dios ama y salva por Jesucristo. Es dar importancia al amor y a la salvación que provienen de Dios y por tanto admitir que Dios tiene un proyecto para la humanidad, querer participar en él y poder establecer un vínculo entre nuestra propia historia y la historia de Dios y de Cristo.

Y todo esto, ¿es posible para los Beauchamp? ¿Es posible para todas las demás familias que, como ellos, avanzan a trompicones por una existencia donde las relaciones entre las personas cambian continuamente, en las que un hermano se convierte en rival y el cabeza de familia en una persona humillada, donde lo único que permanece constante es el hastío, el temor hacia todo y un dolor que no se expresa?

¿Cómo creer, cómo tener fe en Dios, percibir su esencia divina, cuando nadie cree en ti y tú no puedes estar seguro de nadie? ¿Cómo entender la historia de Dios cuando la existencia, por el hecho de estar demasiado desmigajada, hecha de altibajos, de calor y de frío, sin dirección ni progreso, ahoga todo sentido de la historia? ¿Cómo interpretar los hechos y los gestos de nuestra propia vida diaria en términos de designio de Dios, cuando nadie te ayuda a interpretar los esfuerzos que han fracasado, las intenciones mudas que no se concretan desde la perspectiva de participación en la salvación del mundo? ¿Cómo tener fe cuando tú mismo únicamente ves en tus hechos y gestos un resultado humillante, la decepción que provocas en los demás, tus insuficiencias e incapacidades, tu propia exclusión del corazón de los demás?

La fe, definitivamente, parece un imposible para estos hombres y mujeres siempre acorralados, siempre incapaces de tomar distancia y encontrarse en un

frente a frente en el que cada cual pueda encontrar una identidad digna que desarrollar con el tiempo.

Una fe imposible y, sin embargo...

Una mañana gris de invierno, el joven Lucien Beauchamp entra en la cocina, crucifijo en mano. De hecho, solamente queda el cuerpo de Cristo, la madera ha desaparecido. «*Mira, papá,*», dice Lucien, «*solo queda Dios, voy a coger dos trozos de madera y voy a atarlos y a hacerle una cruz*».

¿Una fe imposible?

En casa de los Beauchamp el día de Navidad ha sido un día como los otros, tal vez peor que el resto. No había nada con lo que celebrar la fiesta, ni tan siquiera una comida que hiciera olvidar por un instante el sufrimiento y con la que cada cual saciara realmente su hambre.

A pesar de todo, puede que esas Navidades frustradas hayan ayudado a comprender el verdadero significado del nacimiento de Jesucristo, de este Jesús que llega a vivir y morir entre los pobres para que estos vivan.

Una tarde se lo pregunté al Sr. Beauchamp. Baja la cabeza, no contesta. Piensa, y después dice en voz baja: «*No teníamos nada, es demasiado duro...*» Después, tras un momento: «*Tal vez sea esto, el misterio de la encarnación*». Y luego continúa diciendo, él, que nunca nos ha hablado de Dios, que jamás ha manifestado el mínimo interés religioso: «*Es cierto que necesitamos que nos salven...somos pobre gente*».

No hay nada más que decir, nada más que entender, no queda más que reclinarsse, rezar, adorar a Dios, que nos espera donde nosotros ni tan siquiera le esperábamos. Adorar a Jesucristo que se nos presenta ahí, con un esplendor que éramos incapaces de imaginar.

Revelación que nos llega de la mano de este hombre enclenque, mal vestido, apocado y que no sabe hablar. Ante este hombre y su pueblo, ¿qué nos queda sino la contemplación y la oración?, ¿no seremos acaso nosotros esa «pobre gente»?

«Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto pozo...»<sup>3</sup> Y respondió a la Samaritana: «Si conocieras el don

---

<sup>3</sup> Jn 4,6, en *Biblia de Jerusalén*, DDB, 1975, pág 1510.

de Dios, y quién es el que te dice: 'dame de beber', tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva.»<sup>4</sup>

Si nuestra vida se uniese a la de «esos de abajo», recibiríamos, ¡y en tal cantidad!, el don de Dios.

Padre Joseph Wresinski

---

<sup>4</sup> Jn 4,10, en *Biblia de Jerusalén*, DDB, 1975, pág 1511.